
TEODOSIO FERNÁNDEZ (ed.)

*Teoría y crítica literaria
de la emancipación hispanoamericana*

Alicante, Comissió per al Vè Centenari del
Descobriment d'Amèrica, 1997, 336 p.

Mi historia está en mis manos y en las
manos con que otros las tatuaron.

Olga Orozco, *Las Muertes*

Mirarse las manos, pintarlas y observar. De la necesidad de mirarse e ir trazando los tatuajes que contarán su historia, nacerán los textos de la emancipación latinoamericana. Dejarnos conversar con ellos directamente es lo que intenta Teodosio Fernández. Crear un espacio, una antología, donde ese diálogo de miradas sea posible. Porque “las manos no son verdaderas ni reales... Son misterios que habitan nuestra vida” (Fernando Pessoa, *El Marinero*); hay que aprender a mirarlas.

Con su introducción, el recopilador tratará de ayudarnos a descifrar las pinturas, a ver los trazos como resultado de la creación de un lugar para difuminar las barreras que separan a los neoclásicos de los románticos; para relativizar las polémicas lingüístico-políticas de los años cuarenta (Varela-Alberdi en Montevideo, Bello-Sarmiento en Santiago de Chile); para acercar a los poetas patrióticos y a los intimistas. Una selección que nos muestra textos movidos por un mismo impulso, el de hablar de sí y para sí, como colectivo o individualidad; autores que sólo entienden las polémicas como una manera de hacer participar a la sociedad, de crear un opinión pública nacida de la emancipación mental (como Sarmiento); preocupados no por insertarse en una doctrina sino por encontrar un arte nacional que exprese los problemas y progresos de su pueblo. Esfuerzo que unificará a los autores de diferentes países y a los de principios de siglo con los de los últimos años (como los textos recogidos de Altamirano, que son de 1869).

Alrededor de 1810, los textos de Camilo Henríquez son los primeros que se recogen en la antología. En pleno proceso revolucionario ya se apuntan algunas



de las ideas que todos compartirán. Se dota al escritor de una utilidad social, la de propagar la verdad, idea que posibilita el cambio, que hace posible salir de la ignorancia. Y para ello se sirven del periodismo (sus artículos se publican en “La Aurora de Chile”, los de José María Heredia en “El Iris” o “Miscelánea” y los de Sarmiento en “El Mercurio”), de la literatura, o del teatro convertido en escuela. Tomando dos ideas heredadas del XVIII: mostrar al pueblo la cultura, a través de lo más cercano, sus sentidos y su imaginación (“las facultades de la imaginación se perfeccionan antes que las del pensamiento, observación y cálculo”). Y, a la vez, el escritor reconoce su entorno geográfico y humano.

Pero este acercamiento a ‘su América’ se realiza desde puntos de partida según los llamados neoclásicos o los románticos, división que no tiene límites claros. Es el caso de Bello, que no estaba cerrado a las innovaciones populares en materia lingüística para la configuración del idioma nacional y los románticos, como Echevarría o Gutiérrez no buscan una evasión en el pasado ni en el amor.

Bello, en los años 20, trata con sus escritos críticos o literarios de dar a conocer al mundo su pueblo, sus caudillos, sus heroicas guerras por la libertad. Palabras (pueblo, libertad, heroico) muy cargadas de connotaciones para sus lectores que, más que oírlas, las construyen-transforman en sus vivencias. Pero su americanismo no responde a la idea de la literatura como reflejo del sentir de un pueblo sino que se basa en dos ideas básicas de la Ilustración: la imitación, descripción de la naturaleza, que todavía es en América inocente, primitiva, desconocida como a la que se acercaban los clásicos, y la necesidad de construir una memoria colectiva.

Con las críticas que Bello realiza a Heredia, nos acercamos a su concepción de cómo debe hablar esta literatura que toma ‘América’ como tema central: con palabras sencillas y naturales para transmitir fácilmente las ideas moralizantes que están en la base de sus escritos. Esta visión moralizadora será la que mantendrá a Heredia (siguiente autor del que se recopilan textos) del lado de los neoclásicos; pero a la vez se le considerará un iniciador del romanticismo, por sus innovaciones formales o por su definición de la escritura como reflejo del habla. Dualidad que se reflejará en sus opiniones sobre Rousseau, al que consideran moralmente equivocado (como a Madame de Stäel) pero a la vez como el autor que “ha enseñado a pensar, y a amar y a pretender la libertad”.

Ya en los años treinta, y tomando el romanticismo como la manera de expresarse para una literatura que está haciéndose, ya que el movimiento se basa en la plasmación de los pensamientos originales, la inspiración que no puede estar sujeta ni necesita normas para manifestarse. Esteban Echevarría se convierte en la

propuesta más interesante del momento en Argentina; como lo sigue siendo para el lector que de nuevo lo escucha. La realidad inmediata, social y física de su tierra, se convierte en materia de análisis y denuncia y, por tanto, en tema central de su obra. El autor nos habla de un hombre concreto, en un “clima, religión, leyes y costumbres que lo modifican”, como también transforman su escritura en una búsqueda de su verdad. Verdad que él observa en una sociedad “llena de entusiasmo, vigor que crece y espera, multiforme y llena de contrastes y armonía”, y que contagia los pensamientos y formas de sus textos.

Juan María Gutiérrez, como colaborador de Echevarría comparte la mayoría de sus ideas; considera que las literaturas —también las ciencias— varían y se aclimatan al lugar donde se ubican, en un juego de construcción-deconstrucción. Se sitúa en un lugar ambiguo: intenta dar al lector la mayor libertad posible para que pueda crear sus opiniones (idea que le conectará con Sarmiento) y a la vez tiene una visión panamericanista que le acerca a la generación anterior (Bello o Bolívar).

Sarmiento llevará estas propuestas a Chile, donde irá como exiliado alrededor de 1840. Pero su mayor preocupación será cómo narrar la Historia, a la que considera móvil, llena de cambios, grados y, por tanto, posibilidades. Ya no marcará sólo la necesidad de crear una literatura nacional sino también una Historia nacional, en tanto basa el progreso en el conocimiento de la calidad histórica y social de cada país (idea que intenta plasmar en su obra *Facundo. Civilización y barbarie*). Es importante cómo contar ‘esa verdad’ para poder construir el espíritu de su pueblo. Teodosio Fernández también recogerá textos de su polémica sobre la lengua, que se seguirá en los periódicos, con Bello, así como de otros dos autores que también participarán, San Fuentes con este último y Lastarria del lado de Sarmiento. Los últimos consideran las normas como una manera de negar la espontaneidad de las palabras del pueblo que debe vivir de su propio pensamiento, los primeros marcan la necesidad de un grupo especializado, los gramáticos, que organice y juzgue.

A partir de estas reflexiones sobre la lengua, podemos ver cómo se acercan todas las posturas en la consideración de las palabras (y, por tanto, del periodismo, la literatura, o el teatro) como transmisoras directas de una verdad que necesitaban. Los autores piensan la lengua como un instrumento de comunicación, para hablar de sí mismos, para conocerse y reconocerse en los tatuajes que se estaban pintando en las manos.

MAR RUIZ LLATAS
Universitat de València

